

“SOY TU REGALO”

Querida Familia:

Me dirijo a todos en la proximidad del Adviento y la Pascua de Navidad, pero esta vez permitidme que escriba esta carta en lenguaje directo y personal. Es decir, para ti concretamente que lees estas líneas y formas parte de mi vida.

Lo primero: ¿cómo estás? Esta pregunta te la hago de mi parte, pero también y principalmente de parte de Jesús. No necesito que respondas inmediatamente; piénsalo un poco. Una cosa que el Señor me enseña cada día es que tu corazón es un tesoro, lleno de cosas preciosas que a la vez conviven con preocupaciones, heridas y agobios. Esto te hace más humano, y Jesús viene precisamente ahí: a tu corazón y al mío, tal y como somos y tal como estamos porque en la verdad de lo íntimo sucede el encuentro con Dios.

A mí no me resulta fácil responder cómo estoy: lo primero que digo son ideas, contar las cosas que hago, cómo estoy físicamente o decir los problemas que tengo con los demás. Pero... ¿cómo estoy de verdad? Pues mira, me tengo que parar, mirar al Sagrario o quedar con un buen amigo para abrir el corazón porque me cuesta mucho. No me es fácil.

Si te parece, vamos al lema que el Consejo Pastoral ha pensado para las fiestas de este año: SOY TU REGALO. Cuando lo escuché sentí mucha alegría, el lema me sonó muy bien. Inmediatamente entendí que es Jesús quien nos quería decir: “soy tu regalo”. Pienso que en nuestra Familia de Santa Eugenia, y bueno, en general, estamos muy acostumbrados a hacer, hacer y hacer. Y al revés: si no hacemos nos sentimos mal. Quizá vivimos en una dinámica muy comercial, compra-venta, y estamos menos familiarizados con la gratuidad. Tengo 45 años, soy sacerdote desde los 25, y la tarea siempre pendiente es “dejarme amar”, acoger el Amor de Dios que se nos da sin juicio, sin fianza y sin factura.

Te pregunto una cosa: ¿Tienes miedo a que no te quieran? ¿Tienes miedo a que Dios no te quiera, te pueda fallar o te la pueda jugar? Yo de cabeza respondo que no, no tengo miedo, pero dentro de mí mismo existe otra cosa, una lucha que me hace dudar sobre este Amor sin juicio, sin fianza y sin factura. Entonces, me tengo que agarrar a la Fe para vencer estas tentaciones que me ponen un “listón inalcanzable” para llegar a sentirme bien y a gusto. Si no fuera así, sería presa del sentimiento de culpa que no ayuda a acercarme a Dios ni a nadie.

El lema SOY TU REGALO tiene que ver con lo que percibimos de los demás y de uno mismo. ¿Cuántas veces has escuchado que los demás son un regalo? ¿Te han dicho que tú mismo eres un regalo? A mí me ayuda recordar esto, aunque también me doy cuenta que “saltan chispas” si pienso en el daño que otras personas me han hecho o me están haciendo, o también cuando mis propios pecados se ponen delante. También en mi interior me pone Jesús la medicina: el poder del PERDÓN. No estoy dispuesto a resignarme a cargar con las heridas de la relación con los demás o las heridas con el propio Rubén, que me quitan la paz y me generan ansiedad y desconfianza. Lo primero que me sale es resolver los problemas simplemente con callarme, tomar distancia y hacer como si no pasara nada. Pero sé también que esto, a la larga, no ayuda (ni a veces a la corta). Te pregunto: ¿cómo lo haces tú cuando te hacen daño, o te encuentras con tu pecado y con tus propios fallos?

Lo que suelo ver en nuestros comportamientos es que el PERDÓN no es la primera opción. ¿No es cierto que nos cuesta celebrar el Sacramento de la Reconciliación? Yo intento confesarme, al menos, una vez al mes... y no deja de ser un encuentro que me cuesta, aunque a la vez es maravilloso.

Algo que me preocupa mucho en nuestra Familia de Santa Eugenia es precisamente esto: o no celebramos con la frecuencia necesaria el Sacramento de la Reconciliación o, cuando en las relaciones personales descartamos el perdón a cambio de la crítica, dar la espalda y normalizar el sentirnos mal con quien nos ha hecho daño o hemos hecho daño. Creo que no hay peor obstáculo al Espíritu Santo que aparcar de nuestros planes la reconciliación con Dios, con los demás y con uno mismo. Sin esto, ya no hay regalo: nos quedamos en “envoltorios con lazo” pero por dentro vacíos o con sentimientos nocivos. Como padre de la Familia, hermano y amigo, te expreso en Nombre de Jesús, y con mucho dolor, como una petición sincera, que tomemos en serio el tema del Perdón. Que tomemos en serio la propia vida y la de los demás para, al menos, intentemos no herir, y si lo hacemos, supliquemos a Jesús su Misericordia para no acumular rencor o indiferencia. Empecemos a construir en Casa la paz que deseamos para nuestro mundo.

Por eso, en primer lugar, yo personalmente te pido perdón. Llevamos caminando juntos algo más de 7 años, desde aquel 16 de septiembre del 2017 que entré en nuestra Casa. Soy consciente de mi pobreza, de mis límites y pecados. Sé que en muchas ocasiones te he fallado como padre y hermano, por no tratarte con el cariño y la atención que mereces haciéndote sentir mal o simplemente, “uno más”. Te pido perdón por mis faltas de amor y pido perdón a Dios por mi falta de fidelidad a Él, que sin duda ha repercutido desfavorablemente en ti. Le pido perdón a Jesús de mis pecados y también te pido perdón a ti. Yo soy el primero que tiene que luchar cada día con miedos, mis heridas y mi “ego” con el que trato de disfrazar mi vulnerabilidad; y el cansancio de esta lucha lo has pagado tú. Te lo digo de verdad: perdón.

Con todo mi cariño, y en manos de Mamá, que está tan presente entre nosotros, te pregunto: ¿quieres empezar de nuevo? ¿empezamos de nuevo? Para esto viene Jesús en las próximas fiestas del Adviento y la Navidad: viene para ti y para mí, para hacernos nuevos y cumplir el deseo más profundo que sentimos: deseamos a Cristo.

Vamos a ayudarnos a ser como niños, para acoger con la ilusión y la expectación de los pequeños el REGALO más impresionante y más maravilloso de la vida.

¡Gracias, gracias, gracias!

Con todo cariño, te abrazo y te bendigo:



Rubén
Párroco de Santa Eugenia